

LA ESTRUCTURA SOCIOCULTURAL VASCA

José I. Ruiz Olabuénaga
Doctor en Sociología

Estructura y cultura son dos términos tan vagamente definidos como profusamente utilizados. Las definiciones de uno y otro concepto se multiplican, en un intento de consenso y de simplificación, obteniendo como resultado, bien un eclecticismo impreciso, bien una reducción excesivamente simplista, para comprender todo lo que éstos pueden significar.

Más aún, hablar de la sociedad vasca, aplicando a ella estos dos ámbitos de descripción, lejos de aclarar no hace más que complicar el intento. Tal vez fue fácil en el pasado, al menos relativamente, referirse a la sociedad vasca como algo conjuntado y más o menos integrado culturalmente. En la actualidad, cuando la mitad de los adultos de los que hoy componen la sociedad vasca son personas nacidas, educadas y socializadas culturalmente en marcos culturales ajenos al de la sociedad vasca, toda referencia cultural a la sociedad vasca corre peligro de caer en un maniqueísmo de exclusión, por el que sólo se menciona al conjunto de los oriundos del propio País, o de recrear una amalgama indebida de nativos, inmigrantes, residentes temporales, visitantes y hasta ocupantes ocasionales.

Para no alargarnos en elucubraciones teóricas, que no pertenecen a este caso, entendemos por cultura, no el vasto “reservoir” que comprende la vasta definición de Taylor, ni siquiera las ulteriores sistematizaciones de J. Spradley, por ejemplo, que la resumen en *conducta, conocimiento y artefactos*, sino, sola y exclusivamente, el conjunto de criterios valorativos que, en la vida cotidiana, guían al individuo a orientar su comportamiento y su convivencia social.

Por estructura queremos entender la *articulación conjunta* de tales *criterios-guía*, tal como se establece, bien de forma única para todo el conjunto de la sociedad vasca, bien singularmente para sectores amplios de la misma.

Dos hipótesis parciales, de casi imposible negación, podemos aceptar de entrada. La primera entiende que la sociedad vasca actual es tan compleja que no existe, y sería quimérico pretender encontrarla, una estructura única socio-cultural participada para el total de esta sociedad. La segunda entiende que la convivencia cotidiana de las personas que constituyen el grueso social de la

sociedad vasca actual, se desarrolla, y al mismo tiempo genera, dentro de una diversidad autorreguladora un amplio consenso sociocultural que, día a día, se va fortaleciendo y se va haciendo más patente y más significativo socioculturalmente.

El que la sociedad vasca avance a trompicones y sobresaltos y, en la actualidad, su cotidianidad se vea agitada una y otra vez por definiciones maximalistas de incompatibilidad social, no significa que no posea una estructura básica de coexistencia que es la que hace posible su subsistencia como tal. Ni siquiera la ya aludida presencia de población no autóctona que la ha excindido en dos mitades casi iguales, ha podido romper esta convivencia, ni impedir que, de ella, vaya naciendo una tercera generación social para la que la cultura de la convivencia forzosamente deberá definirse en términos ampliamente dispares de lo que la constituyeron en tiempos pasados todavía no muy lejanos.

LAS COORDENADAS SOCIOCULTURALES

No obstante, y para que nuestro intento de búsqueda no distraiga la atención hacia nuevos caminos de formulación, nos mantendremos fieles a las tres coordenadas que, clásicamente, han sido utilizadas por etnólogos, antropólogos y sociólogos para el entendimiento de la estructura cultural de las diferentes sociedades.

Brevemente enunciadas, estas coordenadas son el Tiempo, el Espacio y la Actividad Social.

El *ámbito del Espacio* ha sido tradicionalmente interpretado en las distintas culturas dentro de un continuum que iba del Jardín de los Orígenes hasta la Gran Babilonia, el primero asociado al Mito del buen salvaje, la aldea y el campo, el segundo asociado con la gran Ciudad, la civilización y el ataque y dominación de la Naturaleza.

El *flujo del Tiempo* ha sido tradicionalmente dicotomizado en dos grandes polos de ruptura de su evolución. El polo del tiempo Sagrado, que propicia la tiesta, el ocio, el despilfarro y el crimen. El polo del tiempo Profano que queda reservado para el trabajo, la producción, la racionalización y la rutina.

La *irrupción de la actividad social* ha sido igualmente interpretada en base a dos planteamientos básicos. El planteamiento del Consenso que da lugar al funcionamiento de la sociedad, el orden, la tradición, la ley. El Planteamiento del Conflicto que da lugar al cambio social, la revolución, el progreso acelerado, la protesta social. El primero entiende la convivencia social como un gesto de paz, el segundo lo interpreta como guerra permanente.

La conjunción de estas tres coordenadas nos ha permitido establecer, en la sociedad vasca, la existencia de tres grandes plataformas de interpretación

social del cosmos, de la naturaleza y de la convivencia social entre los hombres. Su vida social se desarrolla como resultado de la diferente valoración que cada una de estas tres plataformas de valoración, recibe por parte de los ciudadanos que componen la sociedad vasca.

LA SOCIEDAD CORPORATIVA Vs. EL ANTICORPORATIVISMO

El rasgo más característico de la vida moderna postindustrial, afirma el sociólogo Salvador Giner, es el corporativismo. El aumento del número y de la importancia social de las corporaciones ha convertido a éstas en la instancia de mediación más importante de todos los conflictos sociales que se desarrollan en nuestra Sociedad moderna.

Cada vez, no sólo más personas se insertan en corporaciones, esto es, en organizaciones formales, sino que, cada vez más, éstas dominan la vida privada y pública de las personas mismas. Más tiempo, más espacio vital, puntos más decisivos de la vida personal de los individuos discurren y se deciden dentro de una organización y, lo que es más significativo, en función del interés de las mismas organizaciones.

La organización moderna controla en presente y, con frecuencia, decide el futuro de los individuos. Su convivencia, su promoción social, su ámbito de libertad, sus oportunidades de realización humana están en función de su pertenencia a una u otra organización y, una vez dentro de ellas, de su fidelidad o colaboración con la misma.

La clase y el conflicto de clases, que han ocupado un lugar tan central y estratégico en la vida social industrial del siglo XIX y XX, están siendo subsumidas por la organización y por la lucha de las organizaciones.

El individuo resulta cada vez menos concebible sin el respaldo de una organización que le suministra nombre y poder sociales. La organización es el aliado, el patrono, el dueño, y el explotador del individuo. Es su plataforma de promoción social y, a la vez, su cepto de control.

La sociedad moderna, lejos de superar el corporativismo, camina hacia una corporatización cada vez más generalizada y, sobre todo, más intensa. La burocratización del mundo que preconizaron Bruno Rizzi, Orwell, Robert Prethuis y Adams Jacobs no es vista como el tipo de convivencia social que liberaba a la sociedad de los regímenes caprichosos del Valido, el satrapa, el Nepote o el Feudal, imponiendo la ley neutral, sine ira et studio, sino como una máquina de acumulación de poder, de control sin criterio de justicia social, de dominación de unos cuerpos sociales sobre otros. La burocracia es sentida como un sistema social en el que la dominación social queda institucionalizada y sancionada de forma inapelable y esclavizadora.

De ahí que, tanto del ámbito socialista como del no socialista, hayan comenzado a oírse de nuevo las voces de protesta, de vuelta a la democracia

directa, a la asamblea autogestionada que saliera de la máquina burocrática (del partido, del sindicato, de la empresa, de la iglesia).

La subordinación institucional es acerbamente criticada por los partidarios de la igualdad institucional. La tribu presidida por el cacique es abandonada por la comuna asamblearia. La democracia indirecta, es postergada en favor de la democracia directa, la dirección debe ceder a la autogestión, la jerarquía de poder debe dar paso a la acracia total.

La asamblea es el ámbito de la libertad y el mecanismo de la contestación y de la liberación sociales. Frente a la utopía de la integración social jerarquizada se alza la utopía de la integración social acratizada. El hombre Unidimensional de Marcuse es suplantado por el hombre multidimensional.

La comuna está ligada a la noción misma de democracia por cuanto descansa en la invalidación de toda "autoridad" y el rechazo a cualquier tipo de "delegación" de poder. Es una protesta contra la confiscación del poder social llevada a cabo por la burocracia y sus aliados los tecnócratas y los funcionarios.

El patriarca de esta corriente cultural no es Marx con su teoría de la lucha de clases, sino más bien Proudhon con su teoría gestionaria, a la que habría que sumar el conjunto de corrientes autogestionarias desde la Comuna de París hasta la eclosión estudiantil de Mayo del 68.

Comunas laborales, educacionales, culturales, deportivas, artísticas, de consumo lo mismo que de producción.

Frente a la Comuna se yergue la Tribu organizada, sistematizada, eficaz, disciplinada. La Tribu delega el ámbito de lo insólito a la casta de los expertos, rehuye el desorden y el alboroto de la asamblea y tilda a ésta de semillero de demagogia.

La delegación limitada de poder ofrece más garantía de reparto justo del mismo que la proliferación a río revuelto que promete el asamblearismo. Es más igualitario a largo plazo el control de la delegación que la supresión de la misma.

Sin delegación no existe especialización y sin ésta no hay eficacia. La mejor garantía de la libertad total es la delegación controlada, y la mayor amenaza a la libertad total es su control asambleario. La Tribu prefiere la delegación controlada que la demagogia sin control.

LA CULTURA ASENTADA FRENTE A LA CULTURA ADVERSARIA

La cultura adversaria es un modo de vivir, de pensar, de sentir, de hablar, de entender el mundo y organizar a la sociedad que pretende suplantar a otro modo actualmente dominante, establecido y asentado en nuestra sociedad. La

cultura adversaria es, pues, un intento de suplantación de la cultura establecida, dominante y asentada.

Durante bastantes años, esta cultura adversaria ha sido patrimonio específico, si no exclusivo, de las generaciones juveniles y, más concretamente, de los estudiantes; impotente e incapaz de manifestarse de otra forma, salió a la luz pública en forma de “protesta estudiantil”. Hoy por el contrario, aquellos jóvenes de hace ya más de una década han tenido acceso a puestos de staff y de control de empresas, medios de comunicación, instalaciones públicas y culturales. Abogados, técnicos y tecnócratas, miembros de gabinetes políticos y aún de consejos de empresa, su protesta estudiantil se ha transformado en una máquina poderosa de difusión cultural y de cambio social.

Su status profesional pertenece al establishment y la continuidad, pero su orientación cultural tiende al cambio y al enfrentamiento del orden social existente al que ven como “adversario”.

La cultura adversaria no es, sin embargo, y cada vez lo es menos, feudo del mundo estudiantil. Hoy en día ha permeado todas las clases sociales, si bien ostenta entre la juventud una primacía de la que no puede presumir todavía en otros estratos de la “evolución biológica”, sino, más bien, por el escaso margen de tiempo aún transcurrido desde su primera aparición como sistema cultural coherente.

La cultura adversaria, como un enfoque distinto de la visión del mundo frente a la cultura asentada, alberga y simpatiza con movimientos socio-culturales aparentemente inconexos, tales como el feminismo, la defensa del consumidor, el movimiento ecologista y, más singularmente, el movimiento antinuclear.

La cultura asentada da por supuesto e incontrovertible que el crecimiento y el desarrollo económicos son buenos en sí mismos. La lucha de clases que antagonizaba a dominantes y dominados, poseedores y desposeídos, no ponía en tela de juicio este postulado.

El movimiento ecologista, y con más fuerza el antinuclear, lo ha puesto en entredicho llegando a clasificarlo como innecesario, indeseable y, en línea con los trabajos del club de Roma, inviable e imposible.

La cultura adversaria, a la que Inglehart identifica con el postmaterialismo, no puede pactar con la energía nuclear. Como él escribe.

Como el movimiento ecologista, la lucha por la energía nuclear refleja un conflicto de puntos de vista sobre el mundo. Para los Materialistas, el empleo de la energía nuclear se ve como deseable mientras aparezca vinculado al crecimiento económico y a la eliminación del paro. Para ellos, la ciencia altamente desarrollada y la industria simbolizan el progreso y la prosperidad. Entre los Post-Materialistas, la energía nuclear tiende a ser rechazada no solamente debido a sus peligros potenciales, sino porque está ligada a los

grandes negocios, la gran ciencia y el gran gobierno —organizaciones burocráticas que son evaluadas negativamente porque son inherentemente impersonales y jerárquicas, minimizando la autoexpresión individual y el contacto humano. Las ideologías del movimiento antinuclear apoyan un regreso a una sociedad más humana y más sencilla en donde la energía se use ahorrativamente, y lo que se necesite venga directamente de la naturaleza-simbolizada por la energía solar.

La cultura asentada expresa su interés por objetivos sociales tales como la estabilidad económica, la seguridad en el empleo y el control de la inflación. Entre sus primacías sobresale el fomento del crecimiento económico, la lucha contra la delincuencia y el crimen, el mantenimiento social y moral no menos que la integridad nacional.

La cultura adversaria, más bien fomenta la participación política y laboral, una sociedad menos impersonal y más abierta a la libre expresión, en la que las ideas tengan más influjo, las ciudades y pueblos recobren su belleza urbanística y en la que los individuos sientan el impacto social de su intervención individual y personal.

LO COTIDIANO Y LO EXTRAORDINARIO

La vieja antinomia antropológica entre lo ordinario y lo extraordinario, lo rutinario y lo desacostumbrado, se repite metamorfoseada en un sinfín de dimensiones y de ámbitos sociales. Uno de ellos, no el menos importante, es el del conflicto entre nacionalismo periférico y nacionalismo central, o entre reinados e imperios, o centralismo y periferia, entre metrópolis y colonias.

Como el viejo Jano, el nacionalismo que exalta lo específico, lo singular, lo pequeño, lo local significa para unos la garantía de la libertad social suprema y para otros encarna la semilla de todo reaccionario y etnocentrismo esterilizante.

El localismo político, lo mismo que el cultural, mira hacia atrás, hacia lo particular y hacia lo ya vivido, al paso que el cosmopolitismo mira hacia adelante, hacia lo ancho, hacia lo nuevo, hacia lo grande y extenso.

Para los localistas, la fuerza social proviene de dentro y se expande hacia fuera, para los cosmopolitas la dinámica social viene de fuera, del mundo exterior que inyecta nuevos aires en el mundo interior y cerrado sobre sí mismo. Es la eterna disputa entre el mesomphalos y el Cosmos.

Para unos la vida cotidiana con sus problemas y conflictos, con sus intereses y alianzas, con sus penas y sus esperanzas constituye el núcleo vital irrenunciable de la vida social. Para otros, la apertura a los problemas sociales de envergadura, para los planteamientos extraordinarios, los conflictos extracotidianos, son los que configuran y determinan la felicidad y la supervivencia.

Los polos de la costumbre y la moda, como rivales irreconciliables, determinan estilos de vida orientados a la exaltación de lo nuevo en un caso y de lo imperecedero en el otro. Ninguno de los polos es viable sin ciertas concesiones al otro, pero cada uno de ellos goza de sus respectivos partidarios.

Su rivalidad es semejante a la de la ciudad con el campo, o a la naturaleza con el trabajo del hombre, la de la industria con el medio ambiente. Pero en este caso, lo más destacable es la satisfacción por lo concreto más que el gusto por lo abstracto. Los partidarios de lo local son los del trabajo “bien hecho” al paso que los cosmopolitas son partidarios de lo “bien analizado”.

Ultimamente la multiseccular controversia ha adoptado nuevos planteamientos en función del cambio social que ha implantado y generalizado una “tecnología intelectual” frente a una “tecnología mecánica” (según Daniel Bell). Los locales se alinean con los técnicos de la mecánica que tanto auge cobró con la revolución industrial, al paso que los cosmopolitas se alinean con los técnicos de la intelectualidad que tanta importancia poseen en nuestro mundo postindustrial de la Informática, la electrónica y los polímeros. Dos estilos de vida antitéticos conforme a los cuales se enfatizan y se desarrollan dos estilos de convivencia, de pensamiento y de cultura.

La cultura localista amiga de la vida ordinaria, del apego a lo local y lo pequeño, intensa en su cultivo de las relaciones primarias, face to face, cliente habitual de la tertulia de amigos; los problemas cotidianos poseen mayor realce que los extraordinarios para cuya solución se cuenta con especialistas, lejanos pero aliados, a quienes se recurre en caso de necesidad y de apoyo. Se premia un estilo de vida favorecido por la calma, la tranquilidad, y las relaciones personales. El conocimiento del amigo, de la costumbre, de la rutina, son valores de primera magnitud. La artesanía, lo mismo que el trabajo industrial en serie pero repetitivo, tienen mucho de concreto, de familiar, de habitual y de amigo.

La cultura cosmopolita, por el contrario, es amiga de asomarse al exterior, a la problemática de los universales, de los insólitos, de los acontecimientos internacionales. Más que el trabajo bien realizado y terminado, interesa el trabajo bien analizado, bien direccionado.

Los cosmopolitas gustan de la discusión intelectual, de los problemas extralocales, de las relaciones secundarias, de las discusiones teóricas, de los planteamientos universales. Los problemas de la vida local y diaria, son excesivamente pequeños e intrascendentes para recabar su interés. Lo suyo son los grandes planteamientos intelectuales, tanto culturales como políticos y sociales: la ciudad más que la aldea, más que la nación, lo internacional más que lo nacional.

Sus más decididos partidarios se encuentran entre los técnicos de lo intelectual, periodistas, maestros, escritores, tecnócratas...

Los cosmopolitas aceptan con facilidad la tesis de Kant sobre el internacionalismo del comercio y la de Marx sobre la internacionalidad de las luchas de clases frente a la vigencia de los aranceles y la emotividad de los patriotismos.

Los localistas son preciosistas, detallistas, minuciosos y responsables; los cosmopolitas son analíticos, generalizadores, y conscientes de la problemática cultural y social.

LA ESTRUCTURA SOCIO-CULTURAL VASCA

Es así como queda entramada la estructura sociocultural vasca que comprende ocho ámbitos de valores de actitudes y de comportamientos individuales y colectivos. Las tres grandes coordenadas de esta estructura cultural son, como queda apuntado, la polaridad entre:

- El Paraíso y el Apocalipsis o *la utopía de la evolución y la contracultura*.
- El Jardín y Babilonia o el *mito del buen salvaje aldeano y la gran ciudad*.
- Lo Sagrado y lo Profano, o la *ética del trabajo* del ahorro y la rutina frente a la ética del ocio, del consumo y de la fiesta.

La inexistencia de un conjunto homogéneo e indiferenciado dentro de la sociedad vasca hace que ésta se escinda en partidarios del “retorno a la naturaleza” frente a los del “cainítico Este del Edén”. Escisión que divide a los partidarios del ámbito de la fiesta y los del “eticismo del trabajo”, a los partidarios de la “aldea” y los de la “ciudad”, los de la “tribu” y los de la “comuna”.

Más concretamente, la sociedad vasca actual se debate en un dinamismo social que se desarrolla, en su conjunto, conformando una sociedad cultural cuyas líneas maestras son:

- EL LOCALISMO COSMOPOLITANISMO (Aldea vs. Ciudad)
- La JERARQUIA-ACRACIA (Tribu vs. Comuna)
- La REFORMA-RUPTURA (Progreso vs. Contracultura)

Descubrimos, en primer lugar, la existencia de dos ámbitos culturales en sentido amplio: el Ambito de la fe en el progreso y la evolución, y el ámbito de la contracultura, desilusionada y desafectada a ellos. Cada uno de estos dos ámbitos se pueden articular cuatro submundos: la Aldea Comunal y la Ciudad Comunal, la Aldea Tribal y la Ciudad Tribal.

Una breve descripción de estos OCHO AMBITOS culturales nos ayudará a forjarnos una idea de la estructura Socio-cultural de la *SOCIEDAD VASCA ACTUAL*.

LA ALDEA TRIBAL TECNOCRÁTICA

Constituye un espacio cultural en el que sus residentes viven con intensidad la problemática local, dentro de una estructura social caracterizada por el respeto al orden, la autoridad, la legitimidad de un código moral establecido y amparado en un conjunto de mores, costumbres y tradiciones y aun ritos tradicionales que configuran un medio ambiente sociocultural de tranquilidad y de familiaridad. En él las relaciones primarias de la familia y los pares contribuyen a crear una convivencia social caracterizada por la inmediatez, el conocimiento y la relación personal, la sinceridad y el trato directo de unas personas con otras.

La gestión de lo extraordinario, de lo disciplinar, de lo inusual queda reservada para los especialistas, para los hombres del cargo, de la autoridad y del saber, esto es, para los profesionales de lo insólito, de lo especializado, de lo segregado del espacio y del tiempo cotidiano. Es un ámbito conscientemente limitado en el espacio, autosegregado en sus fronteras geográficas, pero que busca su universalidad en el tiempo, lo ignora, proyectándose ad infinitum, tanto hacia adelante como hacia atrás, en la historia. Es por ésto por lo que el espacio geográfico cultural se retrocede conscientemente hasta la nebulosa de los primeros orígenes, sin fecha de datación en el pasado, y sin fecha de extinción en el futuro, con una fe inconcusa en la supervivencia del espacio cultural.

LA CIUDAD TRIBAL TECNOCRATA

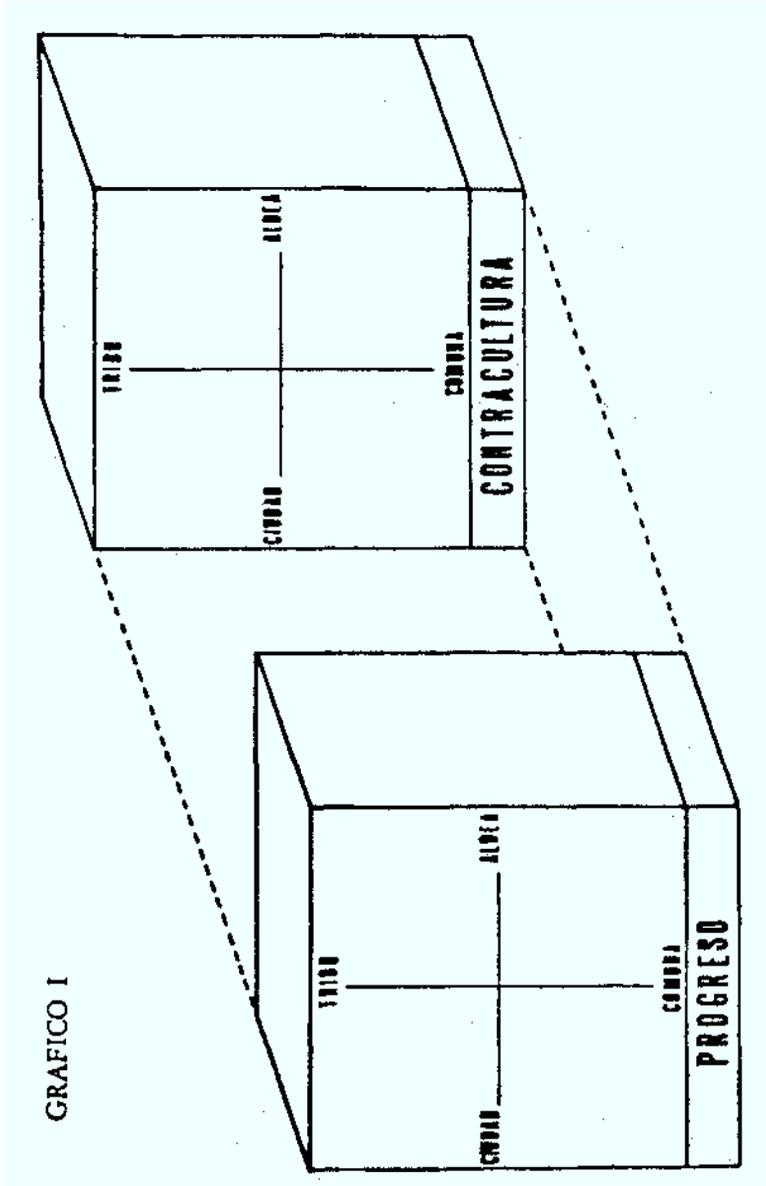
Si a la Aldea Tribal se suprime su frontera espacial y la tecnocracia se desentiende de la costumbre, desaparece el énfasis en las relaciones personales para prevalecer la solidaridad orgánica sobre la solidaridad mecánica (para usar la terminología de Emile Durkheim). La vida ordinaria y común, aun sin tradición social, es el ámbito de la convivencia social, dejando para el tecnócrata- y el especialista, la definición, la explicación y la interpretación de lo insólito. La disciplina y el orden vienen asegurados por el respeto a la legitimidad de los especialistas y de los profesionales. Es una autodisciplina basada en la fe en la “expertise profesional”, en provecho del énfasis en su mayor ensanchamiento para el espacio de las relaciones sociales, que no se limitan a un marco geográfico reducido, sino que se amplían al desconocido, al advenedizo, al forastero y aun al extranjero. La hospitalidad, la solidaridad no están condicionadas por tradición, experiencias, o clan.

En una como en otra, no cabe lugar para la violencia desinstitucionalizada. La violencia está sujeta al poder y al control. Existe violencia pero es una violencia de día, institucionalizada y legalizada. El monopolio de la violencia está institucionalmente en manos de los expertos del poder.

CIUDAD COMUNAL-ALDEA COMUNAL (TECNOCRATICAS)

En paralelo a la Ciudad Tribal y a la Aldea Tribal tecnocráticas existen la Aldea y la Ciudad comunales.

La comuna, tanto urbana como aldeana, desconoce y repudia todo tipo de estructura jerárquica. En ellas no existen ni autoridades ni expertos. La vida



social carece de superestructuras. La asamblea de todos los iguales encarna la base social de la convivencia sin que existan superestructuras de ninguna clase.

El orden social y moral actuales son una superestructura que no pueden imponerse por sí mismo, sino solamente condicionados a la iniciativa y legitimidad que la asamblea les proporcione.

La comuna crea y recrea, una perpetua iniciativa, su propia superestructura, sin admitir ninguna otra previa, estable y superimpuesta.

La ideología que exalta la autonomía individualista soberana cuenta con menos prestigio que la ideología comunal en la que la participación en las tareas colectivas es más valiosa que la exaltación de la iniciativa privada individualista.

La tesis comunal descansa en la creencia de que el bienestar individual es resultado del esfuerzo colectivo indiscriminado frente a la tesis del liberalismo puritano para el que el bienestar colectivo resulta del esfuerzo anónimo individualizado.

La Tribu cuenta con una autoridad, la Comuna dispone de su propia asamblea. La Tribu se rige por el criterio de un código social y moral preestablecido, la Comuna estable, crea y readapta en cada caso y para cada ocasión su propio código. En la Tribu el código es estable, en la Comuna es coyuntural. La Tribu disfruta en la calma, la paz y la estabilidad. La Comuna se regocija con el cambio, la turbulencia y la inestabilidad.

La Comuna tecnocrática puede constituirse y configurarse como ciudad lo mismo que como aldea, dando lugar en un caso a la Ciudad Comunal y en el segundo a la Aldea Comunal.

LA CONTRACULTURA

La utopía de la evolución, con su fe en el progreso y la técnica, da lugar a los cuatro submundos culturales que acabamos de describir.

Pero, estos cuatro submundos culturales no son patrimonio exclusivo ni brotan como resultado de la utopía de la evolución. Son, por el contrario, independientes de ella, y, por consiguiente, pueden nacer y desarrollarse en otro contexto y en otro ámbito cultural, a saber, el ámbito social de la contracultura, escarmentado con el progreso, frustrado y amenazado por él; crítico y enfrentado al crecimiento y al desarrollo.

La contracultura es, con violencia o sin ella, con sobresalto o sin él, una ruptura drástica con la estabilidad social, basada en el cambio y el progreso permanente, puesto en marcha por la sociedad industrial.

A la utopía de la evolución y del progreso, la contracultura contrapone la utopía del crecimiento cero y el sobresalto revolucionario. En lugar del postulado de “crecer hacia adelante” propone el de “vivir en otra dirección”. Exalta la naturaleza frente a la fábrica y, en gran medida, se orienta hacia el polo de lo sagrado, lo festivo, lo orgiástico, lo natural, los postmaterialistas (Inglehart) en lugar del polo de lo profano, lo laboral, lo cotidiano, lo pragmático, lo artificial y lo materialista.

Aparecen así otros cuatro submundos culturales que componen la estructura sociocultural vasca.

LA ALDEA TRIBAL CONTRACULTURAL

La Aldea Tribal contracultural se distingue de su homónima tecnocrática por el hecho de que sus líderes y expertos de lo insólito no son los tecnócratas importadores e intérpretes de cultura ciudadana, sino los promotores del nuevo orgullo ecológico del campo y de la naturaleza.

Es un orgullo mezcla de resentimiento y frustración con actitud defensiva y vindicatoria. La aldea apoya a los nuevos héroes de la resistencia rústica y ecológica.

La garantía del futuro torna a fundamentarse en la fidelidad y el retorno al paraíso, si no perdido del todo, sí, al menos, amenazado y vilipendiado por los abogados del progreso.

LA CIUDAD TRIBAL CONTRACULTURAL

Si en la Aldea predomina el resentimiento, en la Ciudad Tribal contracultural priva la añoranza y el romanticismo. Sus líderes recuerdan a los pastores renacentistas de frentes ceñidas por el laurel y el mito.

En la Ciudad Tribal contracultural abundan los intelectuales pacifistas, antinucleares, ecologistas, verdes, amantes de la naturaleza, de la conservación de las especies animales y de la flora.

Sus habitantes son disciplinados, cultos, organizados e inquilinos de parlamento. Su programa consiste en cambiar el actual proceso urbanizador del campo por otro nuevo que ruralice la ciudad.

LA CIUDAD COMUNAL CONTRACULTURAL

Es el marco ideal para los grandes movimientos de masas pacifistas y ecologistas. Su nota primordial y característica es la añoranza del jardín de las

delicias perdido cuando la ambición de Caín turbó la calma sin avaricia de Abel.

La abolición de la propiedad y de la producción, de la moneda y de la mediación política. La áurea mediócritas participada y participante, sin grandes ni pequeños, explotadores y explotados, donde el poder, el poseer y el disfrutar se desenvuelven y tienen lugar en asamblea permanente.

LA ALDEA COMUNAL CONTRACULTURAL

La Aldea Comunal ensalza y recrea el mito social del buen salvaje y de la selva madre. La hoguera y la tertulia, la paz del crecimiento cero y la frescura de la vuelta al manantial. El disfrute de la hermandad en la caza compartida y la danza comunitaria, en los que el trabajo es más un rito sagrado que una iniciativa profana. Compartir es más crucial que producir.